

# Civilización y barbarie en *Gabriela, clavo y canela* o cómo un árabe decidió no convertirse en asesino cuando le pusieron los cuernos

Alejandra López Guevara

67

**G**abriela, clavo y canela de Jorge Amado (1912-2001) publicada en 1958 ha sido clasificada por la crítica brasileña y por el propio autor, de acuerdo con su temática, como una “crónica de costumbres” —aunque también guarda cierto parentesco con las “novelas ligadas al ciclo del cacao”— junto con otras narraciones protagonizadas por grandes heroínas cuyos nombres han dado título a sus obras: *Doña flor y sus dos maridos* (1966), *Teresa Batista cansada de guerra* (1972), y *Tieta de Agreste* (1977); historias deliciosas en las que la vida, el humor, los placeres del cuerpo y los juegos del intelecto se encuentran permanentemente presentes sin que queden de lado asuntos como la pobreza, la explotación y otras injusticias sociales que a Amado le preocuparon desde sus inicios como escritor.

La novela en cuestión, es decir, *Gabriela* es presentada al lector como el relato de amor que se desarrolla entre Nacib Saad, dueño del bar “El Vesubio”, y Gabriela, “retirante” (inmigrante del Sertón), en el contexto de la floreciente ciudad de Ilhéus donde “todavía interesan [...] las historias [como la del trágico triángulo del doctor Osmundo Pimentel, doña Sinhazinha Guedes Mendonça y su esposo, el ‘coronel’ Jesuíno Mendonça] violentas, de amor, celos y sangre”.<sup>1</sup>

La primera impresión, dado que la novela inicia con la descripción del asesinato de Osmundo y Sinhazinha a manos del marido deshonorado, es la de la barbarie. La vida social de Ilhéus se ubica entre la lucha de ésta y la civilización. Detrás del romance entre Nacib y Gabriela, el motivo constante a lo largo de la novela es el enfrentamiento entre el progreso y el atraso representados, respectivamente, por los líderes: Mundinho Falcão, joven exportador, emprendedor de varias reformas en la ciudad, y el “coronel” Ramiro Bastos, rico potentado, jefe político del lugar. Si bien los “coroneles” (terratenientes) se dieron a la tarea de fundar Ilhéus tras su lucha por conseguir tierras que

<sup>1</sup> Jorge Amado, *Gabriela, clavo y canela*. Buenos Aires, Losada, 1995, p. 10.

más tarde se dedicarían a la producción de cacao, la sola construcción y embellecimiento de la ciudad, reflejo de poder y de autoridad, no es suficiente:

Había abierto calles y plazas, trazado jardines y durante su gestión la ciudad cambió de fisonomía. Se decía que la razón de que sucediera todo esto había sido la de facilitar la elección del joven [el segundo hijo de Bastos] a la Cámara del Estado. La verdad, sin embargo, es que el “coronel” Ramiro amaba la ciudad a su manera, como amaba el jardín de su casa, la quinta de su hacienda. [...] Le gustaba ver la ciudad limpia (para eso había hecho que la Intendencia comprara camiones), asfaltada, ajardinada, con buen servicio de cloacas. Animaba la construcción de buenas casas y se alegraba cuando los forasteros hablaban de la gracia de Ilhéus, con sus plazas y jardines.<sup>2</sup>

68

Para los hombres que forjaron Ilhéus ya se había hecho todo lo posible, todo lo mejor y estaba de más pensar en modificaciones que sólo llevarían al desorden y libertinaje. Los “coroneles” presumían el haber derramado sangre, propia y ajena, para llegar a construir la ciudad que habitaban. Toda transformación posterior que no tuviese que ver con el embellecimiento del entorno resultaba innecesaria.

Por su parte y a pesar de la oposición de los tradicionalistas, Mundinho Falcão había tenido la oportunidad de desarrollar algunas de sus ideas: Gracias a él se habían construido la avenida cercana a la playa y la carretera a Itabuna, había financiado la línea de autobuses que comunicaba a Ilhéus con esta ciudad, también había fundado el *Diario de Ilhéus* y su proyecto más importante consistía en la adecuación del puerto para que pudiesen atracar grandes navíos con el objetivo de facilitar la exportación del cacao. Al igual que Falcão, el “coronel” Aristóteles Pires, a cargo de la vecina ciudad de Itabuna, se mantenía como partidario del progreso:

Hombre de ideas e iniciativas, Aristóteles se dio a la tarea de hacer prosperar a Itabuna. La limpió de bandoleros, empedró las calles centrales. No se preocupaba mucho por las plazas y jardines, ni se dedicaba a embellecer la ciudad, pero en cambio le dio buena iluminación, un óptimo servicio de desagües, había abierto caminos que la ligaban con los otros pueblos, traído técnicos para la poda de cacao, fundado una cooperativa de productores y ofrecido facilidades para incrementar el comercio. Veló por todos los distritos y había hecho de la urbe el punto de convergencia de todo el basto interior hasta el desierto.<sup>3</sup>

Para los viejos “coroneles” la política era un medio que les permitía acumular tierra y legitimar sus posesiones, una manera de acrecentar y mostrar

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 90-91.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 370.

su poder y de ganar prestigio. Para las nuevas generaciones, ser político significaba simplemente convertirse en un administrador eficiente.

Pero las diferencias se reflejan más allá de la idea que cada una de las fracciones tiene sobre el gobierno. Resulta interesante destacar el final de la conversación sostenida entre Mundinho Falcão y el “coronel” Altimo Brandão. Al hablar acerca del vínculo legal y religioso entre un hombre y una mujer, el primero expone: “El matrimonio es una cosa seria, ‘coronel’. Primero hay que encontrar la mujer con quien uno sueña, el casamiento nace del amor”. A lo cual el “coronel” responde:

¿O de la necesidad, no es cierto? En las plantaciones los trabajadores se casan hasta con un palo si lleva falda. Para tener mujer en casa, para poder acostarse con ella, también para poder conversar. La mujer presta muchos servicios, usted ni siquiera se imagina. Ayuda hasta en la política. Le da hijos a uno, le impone respeto. Para lo demás están las mujerzuelas...

Mundinho reía.<sup>4</sup>

El cambio en la mentalidad de los jóvenes se daba con respecto a todos los asuntos de la vida. Para Agnés Heller, en *Historia y vida cotidiana*, los procesos del cambio social se verifican en el acontecer diario más que en los grandes movimientos de masas. En realidad no son las revoluciones las que provocan los cambios sociales, sólo cuando ya se han dado las transformaciones necesarias (tanto en el campo de la infraestructura como en el de la superestructura) se crea la coyuntura que permite la transformación. Los cambios de la vida cotidiana habilitan el cambio social.<sup>5</sup>

En Ilhéus se gesta una profunda renovación tanto del pensamiento y las acciones individuales cuanto de las estructuras políticas que son base de su organización civil. Con respecto a éstas queda claro que las instituciones persisten, pero se les incluyen nuevos contenidos.

Con la campaña política de Mundinho Falcão las elecciones dejan de ser un ejercicio legitimador de la voluntad de Ramiro Bastos. Por primera vez se establece la contienda entre dos proyectos distintos de gobierno. En este sentido tal vez convenga hacer la aclaración de que a Jorge Amado no le interesa plantear una insulsa apología de la democracia puesto que la propuesta de Falcão no representa un esfuerzo democrático en el mejor sentido que esta palabra tiene, sino que sencillamente se presenta como una lucha por el poder a través de medios diferentes a los tradicionales: si antes éste se ganaba

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 244.

<sup>5</sup> Vid. Agnés Heller, *Historia y vida cotidiana: Aportación a la sociología socialista*. Trad. de Manuel Sacristán. México, Grijalbo, 1985.

mandando asesinar a los enemigos e imponiendo la voluntad por la fuerza y el temor, ahora se obtiene a partir de alianzas con diversos sectores de la sociedad. Para Juan Fulgencio, dueño de la papelería “Modelo”, el cambio es simple: “En vez de tiros, discursos... Es mejor así”.<sup>6</sup>

70 Tal como sostiene Heller, la transformación política es el resultado final de muchas otras que la sustentan. En la novela se advierte el cambio inicial en las conductas de los personajes. Una de ellas es especialmente notable: la de Malvina la inteligente y rebelde hija del “coronel” Melk Tavares, la única mujer que lleva flores al velorio de Sinhazinha y que acepta como amante al doctor Rómulo Vieira, ingeniero del Ministerio de Vialidad. La joven no sólo protesta contra el papel al que está destinada como mujer y, sin importarle perder su posición económica y social, desobedece y huye de su casa tras recibir una terrible paliza por parte de su padre cuando éste descubre los amores que mantiene con Vieira, un hombre casado. Malvina, quien por poco *se roba* la novela, es el único personaje femenino que opta por un cambio radical, por una evolución drástica y definitiva que la libera del yugo patriarcal y del entorno de censura e hipocresía en el que vive.

En este contexto, la conducta ambivalente de la sociedad de Ilhéus admite que el adulterio sea castigado y tolerado dependiendo de quien lo comete. Cuando el “coronel” Mendonça, esposo de Sinhazinha la descubre en pleno encuentro sexual con el doctor Osmundo Pimentel, decide asesinarlos. En ese momento la sociedad aprobó el acto. La costumbre de ultimar a la esposa y a su amante era ancestral y permitía limpiar la honra del marido engañado. Se trata de una violencia salvaje que se regula “esencialmente en dos códigos estrictamente corolarios, el honor, la venganza”,<sup>7</sup> y permite el restablecimiento del orden, del equilibrio que ha sido violado al haberse suscitado una conducta excesiva y malintencionada. La regla fundamental para conseguir este objetivo es devolver golpe por golpe.

Dentro de esta sociedad salvaje, que el sistema de dominio político ha creado, es donde se produce y se normaliza la violencia y donde el sacrificio se manifiesta como integrante del propio código de venganza: “[...] el sacrificio es el efecto directo del principio de venganza, una exigencia de sangre sin disfraces, una violencia al servicio del equilibrio, de la perennidad del cosmos y de lo social”.<sup>8</sup> La medida, en este contexto, parece aplicarse de manera justa en la novela dado que la esposa sirve para tener hijos e imponer respeto. Sin embargo, Sinhazinha era hermosa y el “coronel” la descuidaba. Osmundo

<sup>6</sup> J. Amado, *op. cit.*, p. 203.

<sup>7</sup> Gilles Lipovetsky, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Trad. de Joan Vinyoli y Michele Pendax. Barcelona, Anagrama, 1998, p. 174.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 177-178.

terminó por llenarse de valor y aprovechar la situación propicia. Nadie se pronuncia en contra del asesino porque desde hacía mucho tiempo se había establecido y aceptado esa ley no escrita.

[Así] cuando el Tribunal se reunía para decidir sobre el crimen de muerte por razones de adulterio, todos sabían que la absolución unánime del marido ultrajado sería el resultado final y justo. [...] Condena del asesino ¡jamás!, era contra la ley de la tierra, que mandaba lavar con sangre la honra manchada del marido. [...] en una cosa estaban todos de acuerdo: en dar la razón al “coronel”, en alabar su gesto de macho.<sup>9</sup>

Si el ofendido optaba por no reconstituir su honra por medio de la violencia, perdía la credibilidad, el respeto e incluso la hombría frente a sus conciudadanos. Con la ausencia del asesinato de los disolutos arribaba la denigración y la burla cruel y empecinada. Tal es el caso de Felismino, quien descubre a su mujer con el agrónomo Raúl Lima:

El agrónomo [...] había echado a correr, semidesnudo por las calles de Ilhéus. Ninguna venganza le pareció mejor, más refinada a Felismino que entregar a su amante la responsabilidad de los desperdicios de Rita [...]. Pero Ilhéus no poseía semejante sentido del humor, nadie le había comprendido, considerándolo un cínico, un cobarde e inmoral, con lo que su iniciada clientela se esfumó; hasta hubo quien le negó la mano, pasando a llamarle “buey manso”. No tuvo otro remedio que irse para siempre.<sup>10</sup>

La situación es completamente distinta si, en lugar de una mujer, un hombre poderoso *comete la falta*: era práctica común que los terratenientes, dada su holgada posición económica, pudieran tener una o más amantes sin tener que mantenerse en la clandestinidad. El adulterio, en este caso, resulta, no sólo perfectamente aceptable sino, incluso, motivo de estima:

[...] ¿cómo podría un hombre —y esa también es una cuestión de honor— rechazar a una mujer bonita cuando ella, mareada por sus palabras, encontrándole parecido con el santo de la Iglesia, atontada por el perfume que despedían sus cabellos negros?<sup>11</sup>

Mientras la esposa, dominada y dueña de nada, dedicada al cuidado de los hijos, sufría en silencio la humillación, el marido se regodeaba con una o

<sup>9</sup> J. Amado, *op. cit.*, p. 135.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 145-146.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 144.

más mujeres a quienes atendía y obsequiaba con derroches que en el hogar conyugal eran impensables:

El Capitán tampoco disculpaba a la mujer casada que olvidaba sus deberes [...]. Pero, ¿por qué no culpaba a ciertos maridos que ni se interesaban por sus esposas, que las trataban como criadas, mientras daban a sus amantes joyas, perfumes, vestidos caros y lujos, a las mujeres de la vida que mantenían o hasta las mismas mulatas a las que ponían casa? Basta mirar [...] a Gloria, vistiéndose mejor que cualquier señora, ¿acaso el “coronel” Coriolano gastaba lo mismo con la esposa?<sup>12</sup>

72

Gloria, el mayor bien visual de Ilhéus (cuando los maridos pensaban en ella asomada a la ventana con sus pechos recargados sobre el marco eran capaces de cumplir con sus deberes conyugales porque, lamentablemente, las mujeres bellas no eran comunes en la ciudad. De la esposa del “coronel” Coriolano, Juan Fulgencio decía “Un ángel de bondad, un demonio de fealdad”), pagaba sus privilegios y comodidades a un precio alto: el del encierro y la soledad. Ella, al igual que Malvina, termina por huir de su dueño tomada de la mano de Josué, el maestro-poeta, que, después de muchos esfuerzos, consigue enamorarla. Gloria sabe de la conducta hipócrita de la sociedad de Ilhéus, no sólo porque ella es la mantenida de un “coronel”, sino porque, en su permanente puesto en la esquina de la plaza principal de la ciudad, advierte el juego doble del comportamiento masculino:

Su pecho estaba lleno de indignación contra los hombres. Eran cobardes e hipócritas. Cuando, en las horas sofocantes de media tarde, la Plaza quedaba vacía, y las ventanas de las casas de familia se cerraban, al pasar, solos ante la ventana abierta de Gloria, le sonreían, suplicábanle una mirada, le deseaban “buenas tardes” con visible emoción. Pero bastaba que hubiese alguien en la Plaza, aunque se tratase de una solterona, o que viniesen acompañados, y entonces le daban vuelta la cara [...] como si les repugnara verle en la ventana, con sus altos senos saltando de la bordada blusa de linón.<sup>13</sup>

Las apariencias son importantes en un pueblo donde hablar de la vida ajena es un arte. Nacib, el bonachón dueño de “El Vesubio”, el máximo recinto del chisme en Ilhéus, alardea con la posibilidad de la violencia durante la conversación morbosa que mantienen los hombres en el bar tras el asesinato de Sinhazinha:

—Yo, si fuera casado y mi mujer me adornase la frente, ¡ah!, yo seguía la ley siria: picadillo con el cuerpo de ella... No haría nada menos.

<sup>12</sup> *Idem.*

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 110.

—¿Y el amante? —interesose el doctor Mauricio Caires, impresionado.

—[...] El miserable [...] Bien sujeto por unos cuantos hombres [...] le bajan los pantalones, le separan las piernas... y el marido con la navaja de afeitarse bien afilada... [...] Capadito...<sup>14</sup>

Sin embargo, esta brutalidad nunca llega a materializarse. Cuando Nacib conoce a Gabriela (ya muy entrada la novela) en el antiguo mercado de esclavos de Ilhéus donde los “retirantes” acostumbraban acampar para pedir trabajo, nunca imaginó que la mujer vestida con harapos, “cubierta de tanta suciedad que era imposible verle las facciones y calcularle la edad, con los cabellos desgredados, inmundos de tierra, y los pies descalzos”<sup>15</sup> fuese en realidad el portento de bella sensualidad que lo llenaría de placeres físicos (sexuales y gastronómicos). Gabriela supera siempre cada una de sus expectativas, incluso las que ni siquiera es capaz de imaginar. El día que acepta llevar a la joven a trabajar a su casa se contenta con la idea de que pueda preparar las botanas que suele ofrecer en el bar, tarea a la que se dedicó durante años Filomena, su antigua cocinera. Sin embargo, Gabriela toma en sus manos el bienestar completo de su patrón. Y, posteriormente, ingresa al exclusivo mundo masculino de “El Vesubio” como mesera.

El deseo —que va del cortés galanteo, pasando por la tímida insinuación hasta llegar a la caricia fugaz— resulta irrefrenable. La clientela cae seducida por la alegre hermosura de la nordestina. La joya que Nacib encontró cubierta por la tierra del Sertón estaba a punto de caer en otras manos. Temeroso, el árabe realiza una acción desesperada: vence los estigmas de Gabriela (el que sea mulata y su carencia de familia y de virginidad), primero desde la conciencia propia y, después, desde una muy cuestionable legalidad (le compra un apellido). Así, se casa con ella. Lo cierto es que como ocurre con el “sofrê” que Nacib le regala, hay pájaros cuyo canto no puede vivir enrejado. Paradójicamente en el afán de poseer legalmente a Gabriela y hacerla una *señora*, Nacib termina por violentar y perder la esencia feliz de su mujer. Encerrada en casa, también de manera contradictoria, materializa los más profundos temores de su marido: accede al deseo de Tónico Bastos, el consumado conquistador de Ilhéus, amigo íntimo de Nacib, precisamente quien le aconseja casarse con Gabriela.

La doble traición cae fulminante sobre el marido burlado y, a pesar de las amenazas previas soltadas al aire la tarde sangrienta de la muerte de Sinhazinha, Nacib es incapaz de exterminar a ninguno de los dos (aunque golpea a Gabriela). Durante los meses posteriores al día en el que el “coronel” Men-

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 123.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 142.

donça asesinara a su esposa, Ilhéus ha cambiado: el poder de los Basto está en tela de juicio, los ingenieros y las dragas han llegado a instancias de Falcão para permitir la entrada de buques extranjeros, Malvina se ha enamorado de un hombre casado, los hijos de los “coroneles” arriban de las grandes ciudades con títulos universitarios. Las ideas nuevas encuentran, finalmente, cabida en la sociedad. Es en estas condiciones que Nacib puede actuar de manera distinta a Mendonça tras asumir que “hay ciertas flores que se marchitan en los floreros. [...] Gabriela no había nacido para floreros, para casamiento y marido”.<sup>16</sup>

74

El árabe se decide por una medida *política*, es decir, *civilizada*. No mata a Gabriela, sino que se *deshace* de ella por medios legales. Acude al Código Civil y se acoge a la ley que dicta que “un casamiento es nulo cuando hay error esencial de persona [es decir] de su identidad, su honra y buena fama”.<sup>17</sup> Dado que es verdad que Gabriela no tiene apellido ni fecha de nacimiento, Nacib invalida su matrimonio y lava su honor. Gracias a que la mentalidad de la comunidad ha cambiado, los amigos del agraviado se solidarizan con él y con su actuación.

El mérito de Gabriela fue el de nunca haberse civilizado del todo. Acaso al lector poco versado de nuestros días el comportamiento del personaje pudiese parecerle no sólo impulsivo o irracional, sino pueril; pero lo cierto es que no puede clasificarse con ninguno de estos adjetivos. Gabriela pertenece a otro mundo. Ha llegado de otro entorno, del interior, hasta Ilhéus. Su conducta no es comprensible del todo porque responde a una lógica diferente.

Un triunfo importante de nuestra civilización ha sido convencernos de que sólo existe una verdad y, por tanto, una sola manera de pensar y concebir el mundo; pero Gabriela no se ajusta a estas premisas. Para ella, por ejemplo, el amor es sólo amor, como lo explica Juan Fulgencio. Su más excelsa realización no implica el contrato del matrimonio legal. Se trata de un sentimiento fuerte, leal, desinteresado, que no responde a convencionalismos, que no se diluye en el contacto con otros cuerpos, que crece a la par de la libertad.

Gabriela encarna la libertad. Mientras sintió que podía hacer lo que deseaba fue feliz. Cuando se casa con Nacib es obligada a convertirse en una persona respetable (como si nunca antes lo hubiese sido). Juan Fulgencio, es, sin duda, el personaje que mejor la entiende: “Ella hace lo que ama, se niega a lo que no le agrada. [...] No quiero explicarla. Me basta con verla, con saber que existe”.<sup>18</sup>

Para Nacib no fue suficiente advertir a Gabriela tal como era y disfrutarla. Se afanó por explicarla, para después dominarla desde la legalidad, para sen-

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 377.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 378.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 379.



tirse su dueño seguro. En su generosidad y pureza Gabriela no podía ver mal el posible hecho de que su marido se acostara con otras mujeres como ella no podía negarse a quien le atrajese. Estar con otro implicaba la coherencia con el deseo coincidente de dos personas, nunca el engaño o la hipocresía que practicaban cotidianamente todos los demás en diferentes contextos.

Desde esta perspectiva el personaje de Gabriela no debe entenderse como un símbolo o metáfora de las épocas de atraso o de progreso. Esa lucha se mantiene a lo largo del texto entre Ramiro Bastos y Mundinho Falcão. Ella corresponde a otro universo, a uno en el que el amor existe por sí mismo, en donde podemos disfrutar parte del paraíso que nos pertenece, donde la bondad, el placer y la alegría engrandecen la existencia de quien los practica y, también, la de quien los recibe.